

¿Quién es mi prójimo?

El rostro de la pobreza en el Estado de Washington



Stephen Brashers



Danny Gaddi



Danny Gaddi

Carta Pastoral de los Obispos Católicos del Estado de Washington

17 de noviembre DE 2016

“... Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos... Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos...”

— Papa Francisco, Evangelii Gaudium, 198

El rostro de la pobreza

La pobreza tiene un rostro. Es más que un tema de conversión o un problema que hay que resolver. La pobreza tiene un rostro humano. Es el rostro de Linda, quien, mientras estaba sin trabajo y criando a su familia, muchas veces no sabía cómo iba a proveer la siguiente comida para sus hijos. Algunas veces le ponía colorantes a los huevos que comían sus hijos, sólo para que la comida fuera menos monótona. Linda está en la 4a etapa de cáncer, y su acceso limitado a cuidados médicos adecuados añade una incertidumbre inquietante a su futuro incierto. Ella es una luchadora que ha superado la adicción a las drogas y la falta de vivienda, y ahora está buscando criar a sus nietos.

Cuando nos detenemos y miramos el rostro de la pobreza, reconocemos que “los pobres” no son extraños. Son nuestras hermanas y hermanos, miembros de nuestra familia humana. Los que están en nuestras ciudades y pueblos y que les faltan las necesidades más básicas de la vida — alimento, vivienda, cuidados médicos básicos y oportunidades educacionales — nos recuerdan que es más que un reto económico, cuando nuestro prójimo está hambriento, con frío, enfermo y no están preparados para tomar parte en la vida de nuestra comunidad. El hambre, el desamparo, las enfermedades y los sueños rotos destrozán los lazos de la comunidad que los mantiene unidos, lazos que contribuyen a la paz y estabilidad cívica. Como personas de fe, nuestra relación con Dios nos lleva a una relación con las demás personas, y las necesidades de los demás requieren que compartamos los dones de amor que hemos recibido de nuestro amoroso y misericordioso Creador.

Como líderes espirituales de los católicos del Estado de Washington, nosotros los obispos hemos estado el año pasado escuchando las voces de nuestros hermanos que viven en la pobreza. Como Linda en la Diócesis de Yakima, ellos comparten sus historias de hambre, desamparo y dolor con honestidad y apertura. Escuchamos historias de angustia de madres como Karla en la Diócesis de Spokane, quien dijo: “Cada día es una lucha.” Su hija de 11 años de edad era una pequeñita cuando Karla dejó a su esposo porque era abusivo, y ahora su hija es una estudiante de cuarto grado llena de ira. Criando cuatro hijos por sí sola ha sido muy difícil para Karla, y ahora ella y sus hijos no cuentan con un hogar y a menudo duermen en su automóvil. Ella acostumbraba vender su sangre para comprar comida; y una vez cuando uno de los niños estaba enfermo, ella no tenía dinero para las medicinas y robó un frasco de Tylenol. Como resultado, Karla tiene antecedentes penales y se

preocupa de que por ese motivo nadie quiera contratarla y se pregunta qué clase de futuro tendrán sus hijos.

Escuchamos las historias de hombres y mujeres inmigrantes, algunos con sus documentos legales, otros sin ellos, como Sofía, una trabajadora del campo. Ella contó que confió en los remedios caseros y medicinas sin receta médica para tratar una enfermedad seria que la envió a la sala de emergencia. Cuando salió del hospital, recibió una factura por la cantidad de \$14,000 en cuentas médicas, y sin cobertura médica ella se preguntaba cómo iba a poder pagar. Sofía expresó su preocupación por otras personas que enfrentan circunstancias similares aunque ella y su familia todavía sufren muchos desafíos propios.

Muchos de los que nos encontramos han enfrentado influencias negativas mientras han vivido en las calles. Jonathan en la Arquidiócesis de Seattle, quien creció en un hogar de clase media, recibió educación y ha tenido buenos trabajos pero sufre depresión. Él comenzó a usar drogas y alcohol y perdió su trabajo de 11 años. Estuvo sobrio y encontró vivienda pero la perdió cuando comenzó a usar drogas nuevamente. Repudiado por su familia, sin amigos y sin dinero, se encontró desamparado en las calles de Seattle. Él nos dijo: “No puedo comprender cómo alguien que vino de donde yo vengo pueda estar en desamparo.”

La pobreza tiene un rostro, y también una voz. Pero esa voz a menudo no traspasa la pared del miedo, de la incomprensión y del prejuicio que puede separar a la gente pobre de aquellos de nosotros que tenemos lo que necesitamos. La voz de la pobreza puede ser ahogada o ignorada en los pasillos del gobierno, donde resuenan otras demandas de recursos. En nuestras sesiones de escucha, nosotros oímos “el grito de los pobres” (Salmo 34.) Estamos escribiendo esta carta pastoral a todas las personas de buena fe y a los líderes políticos porque hemos escuchado en las voces de los pobres una súplica de compasión y un deseo de participar plenamente en la vida de sus comunidades. Reflexionando sobre lo que hemos escuchado, reconocemos la urgente necesidad de acción para aliviar el sufrimiento que se ha convertido en una epidemia en todas las ciudades, pueblos y comunidades en nuestro estado.

El papel y la responsabilidad de la Comunidad Católica

El Papa Francisco quiere que seamos evangelizados por la gente que sufre la pobreza, y en nuestras sesiones de escucha hemos aprendido que los que viven en la pobreza en el Estado de Washington realmente “tienen mucho que enseñarnos.” En nuestras conversaciones, aprendimos la triste verdad de que muchos simplemente aceptan la inseguridad y el sufrimiento como una condición inevitable de la vida cotidiana. Y con asombro, también descubrimos que muchos — si no la mayoría — que han experimentado una severa pobreza albergan un fuerte deseo de ayudar a otros que están pasando por dificultades similares.

Al escuchar sus historias comienzan preguntas urgentes dentro de nosotros. Si creemos en la fe que profesamos, ¿cómo debemos responder a tantos de nuestros hermanos que no comparten los beneficios de la riqueza económica de nuestro estado? Como los factores sociales y económicos que afectan a los que viven en la pobreza son tan variados y complejos, ¿cuál es la manera más efectiva para aliviar su angustia? Para contestar éstas y muchas otras preguntas relacionadas al hambre, el desamparo y el desempleo crónico se requiere de una conciencia bien formada. Como católicos, tenemos la obligación moral de formar nuestras conciencias a la luz de la Escritura y la enseñanza católica, y luego tomar una acción directa que demuestre nuestra preocupación por nuestros hermanos y hermanas. Lo que tenemos que hacer por “los más pequeños” entre nosotros es el inequívoco llamado del Evangelio a los discípulos del Señor Jesús. (Mateo 14:16; 22:37-40; 25:31-46; Juan 13:34; 1 Juan 4:21). Jesús le afirma a los más pequeños entre nosotros, a quienes él cuenta entre los bendecidos, que el reino de Dios es de ellos (Lucas 6:20). Y él nos asegura, de igual manera que le asegura al oficial rico, que cuando compartimos con ellos, estamos compartiendo con él – y tendremos un tesoro en el cielo (Lucas 18:22).

A pesar de lo claro del llamado del Señor, sabemos que no siempre es fácil contestar la pregunta: “¿quién es mi prójimo?” Pero Jesús no nos pide que resolvamos el problema. Más bien, nos pide que tengamos una relación con nuestro prójimo, un desafío mucho más grande.

La dignidad de la vida humana, el bien común y la solidaridad son más que meras palabras y frases. Ellos son las piedras angulares de nuestros valores y acciones como ciudadanos católicos fieles. Cuando reconocemos la dignidad inherente de la persona humana, definitivamente estamos contestando la pregunta: “quién es mi prójimo,” en una palabra: Todos. Cuando hablamos del bien común, reconocemos que estamos llamados a amar a nuestro prójimo — a todos — como a nosotros mismos (Marcos 12,31). Nuestras acciones deben garantizar a todos el derecho a la vida, al trabajo, a los servicios básicos de salud y a una educación esencial. Actuando en esta forma, estamos en solidaridad — en relación con todos — incluyendo a los de diferentes naciones, razas, culturas y etnias. La solidaridad con nuestro prójimo comienza con escuchar y nos lleva a la acción. Actuando como hermanas y hermanos con aquellos que son pobres y marginados, caminamos con ellos mientras buscan solución a sus problemas, hacen frente a sus desafíos y toman el lugar que les corresponde en nuestras comunidades.

La Escritura y la enseñanza social católica forman la guía moral para dirigir nuestras decisiones al trabajar por el bien común. La enseñanza católica y la tradición llaman nuestra atención a las palabras que Jesús dijo cuándo los Apóstoles le pidieron que despidiera a la gente para que pudieran encontrar comida y alojamiento. Él les dijo entonces: “Denles ustedes mismos de comer” (Lucas 9,12-13).

El papel y la responsabilidad del gobierno

La Escritura y la enseñanza social católica también forman la base de nuestro entendimiento del papel y responsabilidad del gobierno. Ellas guían nuestra defensa en nombre de aquellos que carecen de los derechos básicos de alimento y vivienda, acceso a cuidados médicos, un salario para vivir y educación. Jesús reconoce explícitamente la autoridad pública legítima de los líderes establecidos en las comunidades de su época (Mateo 17:25-27; 23:3; 22,21), y fue claro cuando asignó responsabilidades a los que eran líderes para el servicio del bien común con misericordia (Marcos 10:42-45; Mateo 12:6-7). La autoridad y responsabilidad de los oficiales públicos en busca del bien común también es afirmada por la enseñanza social católica. Algunas cosas son mejor tratadas por individuos, familias, iglesias y caridades; pero cuando los problemas tales como la falta de vivienda, el hambre, la adicción a las drogas y la enfermedad mental son comunes en toda comunidad, es una expectativa justa y razonable que la sociedad actúe conjuntamente para hacer frente a estos problemas.

El pensamiento católico de la justicia afirma una preocupación especial por los pobres y la moral imperiosa de buscar una justicia económica. Asegurar que todos tengan acceso a servicios básicos de salud es un ejemplo que aparece repetidamente en nuestras sesiones de escucha, junto con la necesidad de salarios dignos y oportunidades educativas. El acceso a estos bienes sociales requiere de una iniciativa de parte de las entidades públicas, aún si los servicios mismos son provistos por agencias y organizaciones privadas. Con agradecimiento reconocemos los programas y servicios en el Estado de Washington designados a reducir la pobreza, aliviar el sufrimiento y asegurar los derechos humanos básicos de los que viven en la pobreza. Sin embargo, desafortunadamente es cierto, que cuando la recaudación de ingresos no es suficiente, estas líneas de vida esenciales son las primeras en ser reducidas o eliminadas. No es nuestra intención prescribir opciones de políticas específicas sino proponer una base moral para determinar si la política pública sirve a la justicia (es decir si la política pública sirve a la gente.)

Nuestras sesiones de escucha nos han convencido de que la difícil situación de los que viven en la pobreza en nuestro estado está llegando a proporciones críticas. Al mismo tiempo, hemos crecido en conciencia de que proporcionar un poco de ayuda puede hacer una gran diferencia. Hemos hablado con muchas personas cuyo obstáculo principal para salir de la pobreza ha sido la falta de vivienda segura. Por ejemplo, escuchamos a Tomás, quien viene de una buena familia pero “se perdió” después de que su padre falleció cuando él tenía 20 años. Después de un delito y un período de encarcelamiento, se quedó sin hogar. Sin embargo, dijo él que cuando encontró vivienda, “Allí fue cuando las cosas empezaron a cambiar.” Regresó a la escuela, comenzó un programa de entrenamiento, se graduó y ahora está trabajando como trabajador social en un refugio. Historias como ésta nos convencieron de que nuestra búsqueda de iniciativas públicas para reducir la pobreza

i La vida humana es sagrada. La dignidad del ser humano es la base de una visión moral para la sociedad. Los ataques directos a las personas inocentes nunca son moralmente aceptables, en cualquier etapa o en cualquier condición. (Formando la Conciencia para ser Ciudadanos Fieles, no. 44)

ii “El bien común indica “la suma total de las condiciones sociales que permiten que la gente, ya sea como grupos o individuos, alcance sus logros más plena y más fácilmente” (Gaudium et Spes, no. 26). El bien común, en realidad, puede ser entendido como la dimensión social y comunitaria del bien moral. (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. no. 164)

iii La solidaridad destaca en una forma particular la naturaleza social intrínseca de la persona humana, la igualdad de todos en dignidad y derechos y el camino común de los individuos y de los pueblos hacia una unidad cada vez más comprometida. La solidaridad debe ser vista sobre todo en sus valores como una virtud moral que determina el orden de las instituciones. Sobre la base de este principio las “estructuras de pecado” (Sollicitudo Rei Socialis, nos. 36, 37) que dominan las relaciones entre los individuos y los pueblos deben ser superados. (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. nos. 192-193)

debe comenzar asegurando fondos adecuados para servicios sociales esenciales como la vivienda, para que la gente como Tomás pueda prosperar.

Orar y Actuar

El título de esta carta pastoral es la pregunta que el maestro de la ley le hizo a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?” (Lucas 10:29.) En respuesta, Jesús relató la parábola del Buen Samaritano y le preguntó, “Según tu parecer, ¿quién se portó como prójimo del que cayó víctima de los asaltantes?” Jesús no se refiere a la víctima en su pregunta, sino que dirige la atención del maestro — y la nuestra — a los que han encontrado a un “prójimo” en necesidad. Cuando el maestro contesta “El que se mostró compasivo con él,” Jesús nos da un mandamiento decisivo: “Ve y haz tú lo mismo.”

Mientras escuchamos, oramos y reflexionamos sobre lo que hemos oído, nosotros los obispos consideramos de nuevo nuestra propia respuesta a las preguntas planteadas por tantos que viven en la pobreza en un estado tan opulento. Viendo los rostros y escuchando las voces de nuestros hermanos y hermanas que viven en la pobreza, estamos llamados a solidarizarnos con ellos. Somos desafiados a examinar nuestras suposiciones y replantear nuestros enfoques. La Escritura y la enseñanza social católica proporcionan una guía confiable para hacer preguntas difíciles y buscar soluciones. En consecuencia hemos producido materiales de estudio para ayudar a

nuestra gente católica y a las parroquias a confrontar la pobreza en nuestro estado y explorar formas en que podamos actuar como comunidad de fe para aliviar el sufrimiento y promover un cambio. En otras palabras, ¿cómo vamos a ser vecinos de los necesitados?

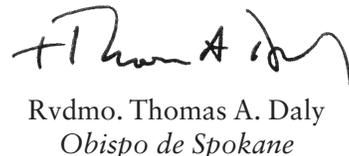
Para terminar, les pedimos que oren con nosotros. Oren por los que viven en la pobreza. Oren por las personas y organizaciones que extienden su mano caritativamente a los hambrientos, los desamparados y todos aquellos a quienes les faltan sus necesidades básicas y se les niega la participación total en la sociedad. Oren por los que abogan por romper el ciclo de la pobreza. Oren por nuestros oficiales públicos que cargan con la tarea enorme de establecer una verdadera justicia económica para los ciudadanos de nuestro estado.

Hemos incluido en este mensaje una oración especial por las familias y las parroquias, y le pedimos a todos los discípulos del Señor Jesús que den gracias por todo lo que hemos recibido de las manos generosas de Dios. Es nuestra esperanza que a través de la oración seamos inspirados por Dios para actuar en solidaridad con nuestro prójimo que no comparte plenamente las bendiciones de la vida.

Jesús nos enseñó a orar. Él también nos ordena a actuar (Mateo 7:21). Que siempre oremos y actuemos en su nombre para promover el bien común para nuestro prójimo, nuestra familia – su familia.



Rvdmo. J. Peter Sartain
Arzobispo de Seattle



Rvdmo. Thomas A. Daly
Obispo de Spokane



Rvdmo. Joseph J. Tyson
Obispo de Yakima



Rvdmo. Eusebio Elizondo, M.Sp.S.
Obispo Auxiliar de Seattle



Stephen Blashear



Danny Gadd



Danny Gadd



Danny Gadd



Danny Gadd

ORACIÓN POR UNA COMUNIDAD FIEL

Padre amoroso y misericordioso,
te damos gracias por los dones de la vida, la familia y la fe.
En Jesús, Hijo tuyo, nos llamas a reconocer a cada uno como nuestro hermano, nuestra hermana y nuestro prójimo.
Abre nuestros ojos para que veamos a aquellos que viven en la pobreza, como los ves tú.
Enséñanos a extender el abrazo de tu cuidado a aquellos que buscan techo, salud y alimento.
Avivanos para proteger el derecho a la vida, al trabajo y a la educación.
Fortalécenos en tu Espíritu Santo para buscar encuentros genuinos con nuestro prójimo en necesidad.
Inspíranos para obrar como una comunidad de fe y aliviar la pobreza y promover un cambio que fortalezca la familia humana.
Por todas las bendiciones que hemos recibido de tus manos bondadosas, te damos gracias.
Por las bendiciones que han de llegar mientras trabajamos juntos por el bien común, confiamos en tu presencia siempre fiel.
Elevamos esta plegaria por Jesucristo nuestro Señor, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.